



En el nombre de la Patria: asociacionismo y nacionalismo en la Argentina en torno de la Primera Guerra Mundial

María Inés Tato

► To cite this version:

María Inés Tato. En el nombre de la Patria: asociacionismo y nacionalismo en la Argentina en torno de la Primera Guerra Mundial. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional, Sep 2010, Santiago de Compostela, España. pp.303-315. halshs-00529306

HAL Id: halshs-00529306

<https://shs.hal.science/halshs-00529306>

Submitted on 25 Oct 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

EN EL NOMBRE DE LA PATRIA: ASOCIACIONISMO Y NACIONALISMO EN LA ARGENTINA EN TORNO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL ^{1*}

María Inés Tato²
CONICET-Universidad de Buenos Aires
Argentina

Durante la Gran Guerra la neutralidad diplomática declarada por el gobierno argentino contrastó marcadamente con la aguda polarización de la sociedad en torno de los dos bandos en lucha. «Aliadófilos» y «germanófilos», como dieron en llamarse las corrientes opuestas de la opinión, protagonizaron intensos debates en la prensa y nutridas movilizaciones callejeras, en los que subyacían interpretaciones diferenciadas del nacionalismo. Asimismo, desarrollaron un prolífico asociacionismo, tendiendo sus redes de sociabilidad en las principales ciudades del país y nucleando a referentes de diferentes estratos sociales y tendencias políticas. La presente ponencia se propone analizar las principales entidades del período, sus objetivos, organización, actividades y transformaciones a lo largo de la contienda.

-
1. * Esta ponencia se inscribe en el marco del Proyecto PIP 2010-2012 «El impacto de la Primera Guerra Mundial sobre la sociedad argentina: nacionalismo, ciudadanía y movilizaciones de masas. Una aproximación desde el caso de la ciudad de Buenos Aires», financiado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y dirigido por la autora.
 2. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) / Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani», Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. mitato@conicet.gov.ar

Introducción

Al estallido de la Primera Guerra Mundial, la Argentina experimentaba el auge de su expansión económica, iniciada en la segunda mitad del siglo XIX. El desarrollo acelerado de la economía agroexportadora se había visto favorecido por la construcción de un Estado nacional moderno que, superadas las guerras civiles posteriores a la independencia, incentivó la llegada de inversiones de capital, volcadas al desarrollo de la infraestructura, y los constantes arribos de inmigrantes. A éstos se les atribuyó la misión de proporcionar la mano de obra necesaria para la inserción del país en el esquema del comercio internacional que había tomado forma hacia 1850, con la expansión mundial del capitalismo, y de introducir la civilización que habría de servir de base a la construcción de la nueva nación, según el modelo proyectado por sus «padres fundadores».

Como consecuencia de estos procesos, la sociedad argentina se transformó sustancialmente y comenzó a caracterizarse por una marcada urbanización, una incipiente industrialización, el surgimiento de un movimiento obrero combativo, influido por el socialismo y el anarquismo, y altas tasas de movilidad social ascendente.

En 1910, en el Centenario de la Revolución de Mayo que había dado comienzo al movimiento independentista, esas transformaciones estimularon una evaluación ambigua de ese primer siglo de vida independiente, puesto que la convicción positivista en el progreso indefinido en el que parecía embarcada la Argentina convivía con una honda preocupación por la «cuestión social», ligada a los problemas provocados por el vertiginoso crecimiento de la sociedad, y la «cuestión nacional», vinculada con la identidad cultural de un país signado por un fuerte cosmopolitismo.³ Precisamente en el año en que se desencadenó la Gran Guerra, los extranjeros constituían casi el 30% de la población y en el caso de la ciudad de Buenos Aires, capital de la república, el porcentaje subía a casi la mitad de sus habitantes.⁴

No resulta sorprendente que la guerra haya tenido un importante impacto en una sociedad con estas características, que se hallaba ligada a Europa por profundos vínculos económicos, demográficos y culturales de larga data. Entre las evidencias más remarcables del interés que suscitó la contienda en la sociedad civil argentina se encuentra un nutrido asociacionismo, cuyas principales manifestaciones abordaremos en este trabajo. La disposición a establecer asociaciones en función de intereses

3. Para un panorama del período, véase Natalio Botana – Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

4. Datos proporcionados por el Censo Nacional de 1914, citados en Vicente Vázquez Presedo, *El caso argentino: migración de factores, comercio exterior y desarrollo 1875-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1979, p. 94.

específicos comunes constituía un rasgo característico de la sociedad argentina desde 1852, cuando se inició el proceso de construcción del Estado nacional. Fruto de esa cultura asociativa fue el florecimiento de infinidad de organizaciones de diversa índole a lo largo del país, algunas destinadas a una existencia duradera en tanto otras sólo tuvieron una vida ocasional y efímera.⁵

En lo que respecta al caso que nos ocupa, cabe acotar que el carácter y los objetivos de las iniciativas asociativas vinculadas con la guerra sufrieron transformaciones a raíz de los avatares del conflicto. En función de esos cambios, pueden distinguirse dos grandes etapas en la evolución del fenómeno asociativo, que reconocen en el año 1917 un parteaguas decisivo. En efecto, hasta entonces la guerra constituyó un acontecimiento que movilizó las identificaciones culturales con las naciones en lucha y el humanitarismo de buena parte de la sociedad, pero que en última instancia era un suceso distante, que no la alteraba de manera directa. En el plano organizativo, esto se tradujo en la formación de asociaciones destinadas principalmente a suministrar ayuda material a los soldados y a las víctimas civiles de la guerra. A partir de 1917, en cambio, sucesivos incidentes diplomáticos ocurridos entre la Argentina y el Imperio Alemán otorgaron a la contienda una mayor inmediatez y pusieron en juego sentimientos nacionalistas, que reconocían en la mayoría de los casos filiaciones con modelos culturales europeos. En consecuencia, en esta segunda etapa las asociaciones exhibieron más cabalmente el posicionamiento de sus integrantes frente a los bandos beligerantes y frente al rumbo diplomático que a su juicio debía adoptar el gobierno argentino, dividiéndose en neutralistas y en rupturistas o aliadófilas, al tiempo que reclamaron para sí la representación exclusiva de la argentinidad.⁶

Un asociacionismo solidario

Las primeras reacciones organizativas registradas en la Argentina frente al desencadenamiento de la Gran Guerra fueron protagonizadas por las comunidades de inmigrantes y tomaron fundamentalmente la forma de Comités Patrióticos liderados por las autoridades consulares y por las elites étnicas de los respectivos países. Estos comités –al igual que otras entidades surgidas en esta etapa– se ocuparon de la recolección de fondos en el seno de las colectividades con vistas a coadyuvar al esfuerzo bélico

5. Roberto Di Stefano – Hilda Sabato – Luis Alberto Romero – José Luis Moreno, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776-1990*, Buenos Aires, Gadis, 2002.

6. Sobre este punto, remito a María Inés Tato, «La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial», en *Temas de Historia Argentina y Americana* n° 13, 2008.

emprendido por sus respectivos Estados y al desarrollo de las actividades de la respectiva Cruz Roja, por medio de la suscripción de empréstitos patrióticos o de la colaboración económica a través de eventos diversos. Así, por citar sólo algunos ejemplos, el Comité Patriótico Belga y la Cruz Roja Belga realizaron numerosas obras a beneficio de *Orphelins Belges*, *Famille des Reservistes Belges*, *Oeuvre du Tabac du Soldats Belges*, de los soldados inválidos, del socorro a la población civil belga y de asistencia a los ciegos y mutilados de la guerra. La Alianza Nacional de los Países Checos desarrolló actividades para ayudar a sus compatriotas que combatían como voluntarios en el ejército francés y a los inválidos, viudas y huérfanos. El Comité Pro Víctimas de Palestina, el Comité Central de Socorros a favor de Siria - Líbano y la Federación Sionista Argentina se abocaron a la recaudación de fondos para socorrer a sus connacionales de Palestina. La Asociación Damas Francesas y el *Comité des Jeunes Filles Françaises et Argentines* realizaron obras destinadas a apoyar a *Le Foyer du Soldat Aveugle*, los Huérfanos de la Guerra, *Les Maisons Claires*, *L'Adoption des Freres et Soeurs de Guerre* y a otras obras solidarias. Entre los principales fondos a los que se destinaron recursos de la comunidad británica, pueden mencionarse el Nacional de Socorro del Príncipe de Gales, el de Familias de Oficiales, el del Rey Jorge para la Marina Mercante, el Anglo-Argentino de Guerra, el de Refugiados Belgas, el de Oficiales Convalecientes, el de Huevos Frescos, el de Soldados Mutilados, el de Dragaminas, el de Buques de Ultramar, el de Socorro Polaco y Rumano, el de Socorro Serbio, el de Familias de Soldados y Marineros; los de Tabaco, Pipa y Cigarrillos; el de Viudas y Huérfanos de Marineros, el de Obreras, el de Yerba Mate.

Asimismo, entidades tradicionales de cada comunidad, formadas originalmente con fines mutualistas o recreativos, se combinaron con nuevas instituciones fundadas tras el estallido de la guerra para proyectar, organizar y llevar a cabo iniciativas diversas tendientes a colaborar con la patria en armas. Tal fue el caso de la colectividad italiana. La *Associazione Italiana di Mutualità ed Istruzione*, la *Nazionale Italiana*, *Italia Unita*, el *Centro Repubblicano Italiano*, la *Unione Meridionale*, *Tiro a Segno*, el *Circolo Roma*, el *Primo Circolo Mandolinístico Italiano*, la *Lega Navale Italiana*, la Dante Alighieri, los *Pompieri Volontari della Boca*, Roma, la *Unione e Fratellanza*, el Hospital Italiano, el *Ospedale Umberto 1º*, el Comité Italiano Pro Patria, la *Operaia Italiana*, la *Bella Italia*, *Fratelli Uniti*, Cristoforo Colombo, el Comité Patriótico Calabrés, *Maschile e Femminile*, *Patria e Lavoro*, *Stella d'Italia*, el Banco Ítalo – Belga, el Banco Comercial Italiano, el Nuevo Banco Italiano, el Banco de Italia y Río de la Plata, el Banco Francés e Italiano, la Cámara Italiana de Comercio, entre otras, encararon numerosos emprendimientos para colaborar con los soldados reservistas, con sus familias y con los ciudadanos italianos que debieron abandonar

sus hogares a causa de la guerra, así como para suscribir los empréstitos internos lanzados por el Estado italiano.⁷

Todas estas asociaciones desarrollaron una amplia gama de trabajos, rastreables cotidianamente en la prensa, que combinaron tradicionales actividades benéficas de carácter lúdico y/o de esparcimiento con otras que buscaban concientizar a su auditorio acerca de la gravedad y los horrores de la guerra. Pertenecían al primer rubro las fiestas de caridad, con juegos como la rueda de la fortuna, la tómbola y el tiro al blanco, los almuerzos y las cenas benéficos, los bailes de fantasía, las veladas literarias, musicales y teatrales, los festivales deportivos, las funciones circenses de la legendaria compañía de Frank Brown, los bazares de caridad, las fiestas campestres, las quermeses. Eran claros ejemplos del segundo tipo de actividades las funciones especiales de cine en las que se proyectaban filmes relativos a la guerra, las conferencias de intelectuales y de ex combatientes y/o capellanes militares de los ejércitos de los países Aliados, la declamación de poesías y la venta de postales alegóricas con pensamientos de escritores argentinos y europeos sobre la guerra.

Pero además de estas iniciativas comunitarias, habituales en caso de conflictos bélicos o de catástrofes diversas, la Primera Guerra Mundial estimuló otras ad hoc, emprendidas por argentinos nativos y/o inmigrantes. Además de acciones individuales realizadas por diversos referentes de la elite social, surgieron asociaciones como el Comité Franco-Argentino y la Sociedad Damas Argentinas Pro Hospital Argentino en París, que sumaron sus esfuerzos a la preexistente Sociedad Les Amis de la France.⁸ Algunos episodios específicos de la guerra, como la invasión alemana a Bélgica, estimularon la formación del Comité Argentino Pro Huérfanos Belgas, que al igual que otras entidades argentinas recurrió a un repertorio de actividades similar al utilizado por las asociaciones étnicas en sus campañas.⁹

Si bien la elite inició numerosas empresas en ese sentido, los grupos sociales involucrados fueron muy variados: estudiantes, trabajadores, empresarios y mujeres de diversa extracción social acometieron variadas iniciativas para aliviar la situación de los soldados aliados, de sus familias y de otras víctimas de la guerra. En general y más allá de la diversidad social manifestada en ese conjunto variado de emprendimientos, es de destacar la fuerte participación femenina, abrumadora en el caso particular de

7. Véanse los estudios de caso analizados en Hernán Otero, *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, y María Inés Tato, «El llamado de la patria. Británicos e italianos residentes en la Argentina frente a la Primera Guerra Mundial», aprobado para su publicación en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*. Las actividades de otras comunidades han sido tomadas de la prensa periódica argentina.

8. «La guerra», en *La Prensa*, 08/06/1917, 06/11/1917, 04/01/1918; «El Comité Franco – Argentino», 04/03/1917.

9. «La guerra», en *La Prensa*, 14/04/1917, 06/05/1917, 21/11/1917, 14/12/1917.

algunas entidades y notable también en el caso de las asociaciones étnicas, hecho que pone de manifiesto la tradicional ligazón de las mujeres con las actividades benéficas.¹⁰

Aliadófilos versus germanófilos

Indudablemente la fase más prolífica en cuanto a efusión asociacionista se refiere coincidió con los incidentes diplomáticos que a partir de 1917 enfrentaron a Argentina y a Alemania, en los que la opinión pública desempeñó activamente el rol de tercero en discordia. A pesar de ese protagonismo creciente, el gobierno argentino continuó manteniendo una política neutralista hasta el final de la contienda.¹¹

En febrero de ese año los Estados Unidos decidieron romper relaciones diplomáticas con Alemania en respuesta a los efectos de la guerra submarina sin restricciones declarada por ese país, que perjudicaba al comercio norteamericano, preludio de la declaración de guerra a ese Estado. Las presiones diplomáticas sobre el gobierno argentino para que adoptara el mismo temperamento se hicieron sentir cada vez con más fuerza. La opinión pública se vio conmocionada a partir de abril de 1917, a raíz del hundimiento de varias naves de bandera argentina por submarinos alemanes. No obstante, el gobierno inició las reclamaciones respectivas frente al Imperio, por lo cual se tendió a no cuestionar la neutralidad.

La situación se complicó en septiembre cuando Estados Unidos – embarcado en la campaña de presiones sobre el gobierno argentino– difundió el texto de varios telegramas dirigidos al káiser por el conde de Luxburg, ministro alemán en la Argentina, en los que se refería en términos agraviantes a las personas del presidente Hipólito Yrigoyen y de Honorio Pueyrredón, ministro de Relaciones Exteriores, y en los que recomendaba a las autoridades alemanas proceder en el futuro a hundir los buques de bandera argentina «sin dejar rastros». Otro punto aun más controvertido fue la alusión del ministro alemán a la promesa verbal de Yrigoyen de que las naves argentinas no se aventurarían en adelante dentro del área de exclusión establecida por el Imperio alemán, con lo cual, si bien el gobierno no había puesto su firma a ningún documento, se había comprometido de palabra a ajustarse a sus condiciones.¹²

En este nuevo contexto, la sociedad se escindió en dos polos opuestos en base a las simpatías y afinidades que la acercaban a uno u otro de los

10. José Luis Moreno (comp.), *La política social antes de la política social (caridad, beneficencia y política social en Buenos Aires, siglo XVII a XX)*, Buenos Aires, Prometeo, 2000.

11. La neutralidad no se había visto alterada tampoco por el cambio del signo político de la presidencia a partir de 1916, cuando el radical Hipólito Yrigoyen sucedió al conservador Victorino De la Plaza.

12. Ricardo Weinmann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial: neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos, 1994, pp. 129-130.

contendientes. La causa rupturista se tornó claramente mayoritaria, en tanto la defensa de la neutralidad a menudo fue identificada, desde una perspectiva reduccionista, con una expresión de germanofilia, ocultando la complejidad intrínseca del campo neutralista. En efecto, mientras que los rupturistas o aliadófilos presentaban un perfil ideológico homogéneo, independientemente de sus disímiles adscripciones partidarias, los neutralistas exhibían en cambio una heterogeneidad constitutiva derivada de la diversidad de motivaciones que fundamentaban su opción por la neutralidad. Entre ellos se contaban los anarquistas y un sector del socialismo, que reivindicaban la solidaridad de clase en detrimento de los conflictos interestatales; el oficialismo radical, que auspiciaba una política exterior independiente del panamericanismo norteamericano; los interesados en preservar intactos los vínculos comerciales con todas las naciones beligerantes; los germanófilos, cuya formación intelectual los identificaba con la causa del Imperio; y asimismo los católicos, que adscribían al pacifismo impulsado por el papa.

Dicha polarización no respondió al clivaje partidario que estructuraba la escena política, sino que atravesó por igual a radicales, conservadores y socialistas, escindidos en sus adhesiones frente a los bandos enfrentados en la guerra.

Rupturistas y neutralistas no sólo se enzarzaron en debates públicos en la prensa periódica, en los que subyacían concepciones diferentes acerca de la nacionalidad y en la competencia por el ascendiente sobre la sociedad, sino que fueron protagonistas de movilizaciones masivas en las calles de las principales localidades del país.¹³ Inicialmente la expresión de las inclinaciones por una u otra causa se caracterizó por manifestaciones espontáneas, no exentas de cierta dosis de violencia. Así, en varias oportunidades el estallido de sentimientos antigermanos derivó en ataques perpetrados contra instituciones o comercios que representaban la presencia de Alemania. En otras ocasiones se improvisaron movilizaciones en las que fueron frecuentes los intercambios de violencia verbal y hasta física. También fue corriente que entidades preexistentes, orientadas a otros fines, hicieran oír su voz a través de actividades destinadas a incidir sobre la opinión pública.

Pero a medida que se prolongaba la crisis diplomática, tendieron a surgir en las principales ciudades argentinas asociaciones rupturistas o neutralistas que encauzaron el fervor de la opinión pública. Los rupturistas contaron con la adhesión, entre otros, del Comité Pro Ruptura de Relaciones con Alemania, la Liga Aliada Argentina, el Comité Pro Aliados, de la Asociación Deportiva Nacional, el Comité del Comercio

13. Sobre este punto, véase María Inés Tato, «La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno de la Primera Guerra Mundial», en María Inés Tato y Martín O. Castro (comps.), *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2010.

Pro Ruptura de Relaciones con Alemania, el Centro Obrero Pro Aliados, el Comité de Vendedores de Diarios Pro Ruptura de Relaciones con Alemania y el Comité de Estudiantes Argentinos. Por su parte, la causa neutralista encontró voceros en la Asociación de Exploradores Argentinos, la Unión Patriótica Argentina, la Asociación Argentina Pro Neutralidad, el Comité de la Juventud Argentina, la Asociación Atlética Buchardo, la Unión Argentina Pro Neutralidad, el Comité por la Libertad de Comercio, la Asociación Villa Devoto Pro Neutralidad, el Comité Neutralista de Villa Crespo, la Asociación Deportiva Pro Neutralidad, la Biblioteca Cultura Argentina, la Sociedad Recreativa Amigos Unidos, la Biblioteca de Cultura Argentina, la Biblioteca L. George, la Biblioteca Alberto de Diego, el Club Social de Buenos Aires, el Comité Neutralista Argentino, el Club General San Martín, el Comité Neutralista de Balvanera Oeste, el Comité Pro Neutralidad Pueyrredón, el Comité Patriótico Pro Neutralidad de Empleados de Correos y Telégrafos, la Agrupación del Puerto, Obreros Ferroviarios, la Federación Universitaria, el Comité Universitario Pro Neutralidad y el Comité de Estudiantes Secundarios Pro Neutralidad.

Como puede apreciarse a partir de los casos mencionados, buena parte de la movilización social se efectivizó a través de entidades barriales, como bibliotecas populares, clubes, centros recreativos y otras muestras del asociacionismo característico del período de entreguerras, o bien se apoyó en las redes construidas en torno de los comités radicales o de los centros socialistas disidentes con la posición de la bancada parlamentaria del partido.¹⁴ Ello evidencia que en ocasiones la movilización social tuvo un carácter autónomo y espontáneo, que se canalizó a través de nuevas organizaciones *ad hoc* o de la adhesión de instituciones preexistentes, mientras que en ocasiones respondió a un estímulo externo. Así ocurrió, por ejemplo, con los Obreros Ferroviarios, el Comité Patriótico Pro Neutralidad de Empleados de Correos y Telégrafos y la Agrupación del Puerto, que evidenciaban un vínculo estrecho con el partido gobernante, dado que los trabajadores del puerto y de los ferrocarriles respondían a la FORA IX, federación de tendencia sindicalista que cultivó buenas relaciones con el radicalismo, en tanto los de correos revistaban en una repartición característica por su uso clientelar por parte del oficialismo.¹⁵

14. En tanto la representación parlamentaria del Partido Socialista estaba a favor de la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania, un congreso extraordinario del partido se pronunció en contra en abril de 1917; esas divergencias darían lugar en 1918 a una escisión partidaria de la que surgiría el Partido Socialista Internacional (luego Partido Comunista), liderado por Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla (Richard J. Walter, *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Austin, Institute of Latin American Studies – The University of Texas at Austin, 1977, pp. 143-145).
15. Ricardo Falcón y Alejandra Monserrat, «Estado, empresas, trabajadores y sindicatos», y Ana Persello, «Los gobiernos radicales. Debate institucional y práctica política», en Ricardo Falcón, (dir.) *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva Historia Argentina, tomo VI, Sudamericana, Buenos Aires, 2000.

Las citadas anteriormente son sólo ejemplos significativos de la multiplicidad de asociaciones de vecinos, estudiantes, trabajadores, empresarios o simples ciudadanos de a pie que surgieron en diversos puntos del país al calor de la contienda. Por lo general, estas organizaciones tendieron a mantener un funcionamiento autónomo, aunque la mayoría de ellas adhirió a dos grandes entidades que aspiraron a coordinar las actividades de neutralistas y rupturistas, respectivamente: la Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad y el Comité Nacional de la Juventud.

La centralización de la militancia

En abril de 1917, ante los inicios del entredicho diplomático con el Imperio Alemán, se formó en Buenos Aires la Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad, en cuyas filas revistarían poco después importantes figuras de diferentes ámbitos del quehacer nacional: médicos como José M. Penna y Gregorio Aráoz Alfaro, jurisconsultos como Ernesto Quesada y Alfredo Colmo, escritores como Calixto Oyuela, Dardo Corvalán Mendilaharsu y Belisario Roldán.

Más allá de los matices, la defensa de la nación pasaba para los neutralistas principalmente por el mantenimiento de la equidistancia frente a los conflictos de los países beligerantes y por el sostenimiento de la autonomía decisoria en materia de política internacional, precisamente en momentos en los que se acentuaban las presiones intervencionistas de Estados Unidos y Gran Bretaña sobre el gobierno argentino. En líneas generales, como sin dudas lo ilustra la política desplegada por Yrigoyen, ese nacionalismo se enlazó con el antiimperialismo. En esta coyuntura, frente a la nueva embestida del panamericanismo impulsado por los Estados Unidos, el presidente radical pretendió levantar una alternativa autónoma de los países latinoamericanos que bien podría ser catalogada de hispanoamericanismo, una variante del hispanismo que estaba ampliamente extendido entre los intelectuales y políticos desde el cambio de siglo.¹⁶ El hispanoamericanismo implicaba el reconocimiento de una comunidad cultural de origen, formada por España y sus antiguas colonias, y al mismo tiempo una comunidad de destino, identificada con Latinoamérica como un colectivo. Prueba concluyente de la afinidad cultural de Yrigoyen con la antigua metrópoli la proporciona el decreto del 4 de octubre de 1917 por el cual el 12 de octubre –fecha en la que se conmemora el descubrimiento de América por Cristóbal Colón– fue instituido como Día de la Raza. Asimismo, es dable reconocer entre los neutralistas la fuerte impronta de otro modelo cultural alternativo: el

16. Oscar Terán, «Ernesto Quesada: sociología y modernidad», en *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la «cultura científica»*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 207.

alemán. Aunque sin duda no tuvo entre la elite argentina la aceptación que suscitó el paradigma francés, la influencia de Alemania fue muy marcada entre algunos grupos en función de su formación profesional: tal fue el caso de juristas, médicos y militares.¹⁷

En los inicios de su actuación, la causa de esta asociación se enmarcó –como señaláramos antes– en un consenso bastante extendido acerca de la pertinencia de la actitud diplomática adoptada por el presidente de la república. Sin embargo, ya por entonces era perceptible la expectativa de algunos sectores de la opinión pública en que dicha política pronto daría lugar a la ruptura de relaciones, según el ejemplo de Estados Unidos y de Brasil. Tal fue el caso de los organizadores de un mitin masivo en el célebre Frontón de Buenos Aires, que reunió a alrededor de 25.000 personas, quienes, además de respaldar «la orientación internacional fijada por el gobierno argentino»,¹⁸ expresaron objetivos más amplios:

«Protestar contra los excesos de la guerra submarina de los imperios centrales; expresar simpatía y solidaridad con la actitud de los Estados Unidos y del Brasil, cuya justicia ha reconocido el gobierno argentino por encontrarla fundada en el derecho internacional y en la civilización; expresar igualmente simpatía a la causa de los países aliados que resisten la agresión alemana y a la revolución democrática de Rusia.»¹⁹

En septiembre de 1917, cuando estalló el escándalo de los telegramas del conde de Luxburg, algunos de los organizadores de este pionero acto rupturista dieron a luz una nueva asociación: el Comité Nacional de la Juventud. En su comité ejecutivo se contaron intelectuales de la talla de Ricardo Güiraldes, Carlos Alberto Leumann, Pedro Miguel Obligado, Ramón Columba, Alfonso de Laferrière, Alfredo González Garaño, Luis Dellepiane (h.), Alberto Gerchunoff, Gregorio López Naguil y Álvaro Melián Lafinur,²⁰ y entre sus oradores habituales se destacaron los poetas Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones, y el socialista Alfredo Palacios. En su primer manifiesto público, el Comité explicitó que el objetivo de su constitución era exigirle al gobierno la inmediata ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania.²¹

El concepto de nación que subyacía a su posicionamiento era tributario de la noción de «crisol de razas» que acompañó a partir de 1880 la construcción del Estado argentino. Según esta imagen, la cultura argentina era el resultado de la mezcla, de la fusión, de la amalgama de los elementos nativos con los aportes de los inmigrantes. Desde esa perspectiva, el

17. Weinmann, *op. cit.*, p. 64.

18. «La guerra», en *La Prensa*, 19/04/1917.

19. «Gran mitin nacional», en *El Diario*, 19/04/1917.

20. «La juventud y el presidente de la nación», en *La Mañana*, 02/10/1917.

21. «¡Argentinos!», en *La Mañana*, 15/09/1917.

nacionalismo que afloró a raíz del episodio diplomático con Alemania no era incompatible con el internacionalismo, sino que, por el contrario, se engarzaba y reafirmaba en el contacto con otras nacionalidades en función de valores universales como la libertad, filiada con la emancipación nacional, y como la democracia, conquistada plenamente a partir de 1912, cuando se sancionó la ley Sáenz Peña, que estableció el sufragio universal, secreto y obligatorio. Como símbolo de esos valores, Francia concitaba principalmente la solidaridad de los rupturistas, que también reivindicaban a otros países aliados, lo que daba cuenta de la coexistencia de otros modelos culturales y/o políticos complementarios, como el régimen liberal británico o el republicanismo estadounidense.

Tanto la Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad como el Comité Nacional de la Juventud tendieron a organizar una red de subcomités en todas las circunscripciones de la capital y en las principales ciudades del interior del país, directamente vinculados con las respectivas juntas centrales. En algunos casos absorbieron a algunas de las organizaciones preexistentes, mientras que en otros éstas mantuvieron su nombre y autonomía organizativa al mismo tiempo que establecieron relaciones regulares con ellas a través del envío recíproco de delegados y oradores a las actividades que organizaban. También fueron muy activos a la hora de competir por el favor de los estudiantes secundarios y universitarios, al punto que encuadraron a diferentes colegios (tanto públicos como privados) y crearon subcomités en las universidades de Buenos Aires, La Plata y Córdoba.

Si bien el Comité Nacional de la Juventud prácticamente hegemonizó la causa aliadófila, en la medida en que concitó la adhesión de la mayor parte de las organizaciones locales vinculadas con esa causa, la Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad debió enfrentar, en cambio, la competencia de la agrupación Pro Argentinidad, más cercana al oficialismo, por la influencia sobre la constelación neutralista. Según esta entidad, la Liga postulaba «la neutralidad como estado único y permanente del país» en tanto ella la concebía de forma relativa, dependiente de las circunstancias, dado que esa política «podrá o no corresponder más adelante, según sea el desarrollo de la política del gobierno argentino, y según sean los hechos que se produzcan.»²²

El objetivo común de estas asociaciones era centralizar la militancia de sus respectivas causas, a fin de potenciarla mediante la mancomunidad de los esfuerzos de las diversas organizaciones de base que las componían. De esta forma se reducía la imprevisibilidad de las acciones de estos grupos y las manifestaciones públicas adquirirían una mayor contundencia a los ojos de la opinión, que procedía de su masividad y de su estricta organización.

22. «Asuntos internacionales», en *La Prensa*, 21/10/1917.

Es de destacar esta última, toda vez que por entonces sólo se contaba con la prensa escrita y con las organizaciones civiles para reclutar y movilizar a los manifestantes en oportunidad de los actos públicos, que en la capital de la república llegaron a reunir entre 20.000 y 60.000 participantes. De hecho, la planificación y la realización de mítines públicos constituyeron la principal actividad de estas instituciones, portadoras de una «cultura de la movilización» que reconocía un largo arraigo, al menos en el caso de la ciudad de Buenos Aires.²³ Las calles y las plazas de las principales ciudades y pueblos del interior del país fueron el escenario de imponentes demostraciones públicas, caracterizadas por desfiles masivos de ciudadanos y discursos ardientes de los oradores en las diferentes instancias del acto. Las pasiones involucradas en estos eventos condujeron a menudo a contramanifestaciones y enfrentamientos entre los partidarios del neutralismo y del rupturismo, por lo cual a fines de 1917 la policía porteña decidió regular los actos para evitar la reiteración de la violencia.²⁴ Sólo el armisticio haría renacer el activismo ciudadano expresado en las calles, pero para entonces serían los aliadófilos los protagonistas exclusivos de la movilización.

A modo de cierre

A lo largo del trabajo hemos pretendido mostrar que las repercusiones de la guerra en la sociedad argentina fueron profundas y generaron un intenso activismo, orientado inicialmente a la cooperación solidaria con las naciones beligerantes y posteriormente a incidir sobre la opinión pública y sobre el rumbo de la política exterior del gobierno argentino. Dicho activismo se explica por el hecho de que el conflicto bélico movilizó algunas aristas sensibles de la sociedad, ligadas a la identidad nacional y a los avances en la construcción de una ciudadanía crecientemente involucrada en los asuntos públicos.

Especialmente a partir de 1917, la guerra quedó planteada como un acontecimiento que atañía de manera directa a los argentinos a pesar de que formalmente el Estado mantenía el neutralismo. Tanto los neutralistas como los rupturistas concebían a la contienda como una instancia que involucraba los intereses nacionales, pero diferían a la hora de proponer una solución eficaz para su defensa: en tanto los primeros propiciaban la defensa a ultranza del neutralismo, en la convicción de que esa política favorecería dichos intereses en la inmediata posguerra, los segundos

23. La expresión pertenece a Hilda Sabato, quien analiza dicha cultura en *La política en las calles. Entre el voto y la movilización*, Buenos Aires, 1862-1880, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

24. Las autoridades policiales resolvieron que en adelante «las manifestaciones públicas sólo podrán realizarse previa petición ante la jefatura de policía, en locales cerrados» («Los asuntos internacionales», en *El Pueblo*, 23/12/1917).

priorizaban la ruptura de relaciones como mecanismo reactivo frente a la agresión de la guerra submarina y como política de reafirmación de un nacionalismo cosmopolita.

En última instancia, la Gran Guerra indujo un doble fenómeno, estrechamente asociado: el renacer de la cultura de las movilizaciones callejeras en el marco de la expansión de la esfera formal de la ciudadanía política y la revitalización de las asociaciones, agentes claves en el éxito de esa modalidad de intervención política.